

La disparidad de juicios y opiniones que los hombres son, sólo pueden unirse en un concepto de hermanos. Cuando este concepto se olvida surge la gracia, más o menos dañina, del comentario con fantasía que el chisme es.

Tiene mucho de bola de nieve, pero con fondo de calor, porque nunca puso tanto juego la mujer en sus obras como cuando quiso, a consta de todo, hacer realidad lo que se imaginaba que pudo llegar a serlo.

Las palabras todas y las obras tienen dos sentidos, aquel con que se hacen y aquel con que se interpretan. Las palabras no valen por lo que dicen, ni por lo que quieren decir, sino por lo que han sido entendidas. La verdad es que, pensándolo bien, dan ganas de pasarse la vida en un completo mutismo; pero esto, por desgracia, no lo soportaríamos las mujeres.

Sin embargo, debíamos tomar la norma de comentar sólo lo seguro y no lo probable. Ahorraríamos juicios errados y, sobre todo, viviríamos con más tranquilidad de conciencia, aunque el noventa por ciento de las «decepciones» de esta femenina asignatura son «casos de conciencia» que dan la vuelta al mundo tan bien disfrazados que ni la protagonista los conoce.

Verdaderamente produce un poco remordimiento el descubrir nuestros «defectillos». El amor propio se escandaliza y estamos a punto de arrepentirnos porque—en conciencia—tuvimos que usar de toda nuestra fuerza de voluntad para reconocer la chismografía como una gran imperfección. ¿es tan cómodo dejarse llevar de la corriente!...

Pero no, no tenemos por qué lamentarnos del deber cumplido. El día que la mujer se sobreponga a este defecto y, desarraigándolo, dé paso en su corazón a la caridad... ¿No estaremos añorando un imposible?...

M.ª Isabel Pedrero

L

Elegía de los molinos de viento

«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo...»

(«Don Quijote de la Mancha», parte I, cap. VIII.)

LANURAS de la Mancha! ¡Campos de Montiel y Argamasilla, de Tomelloso y Puerto Lápiche! ¿Qué fué de vuestros molinos de viento?

Ellos eran ornato, gala y alegría de la llanura; poesía y encanto de los viñedos y tierras de pan llevar: ellos aliviaban las fatigas del caminante, infundiéndole ánimo con el gracioso girar de sus aspas y la promesa de la harina blanca, esa harina que en la mesa es pan que sustenta el cuerpo y en el altar es cuerpo divino del Señor, alimento del alma.

Giraban las aspas de los molinitos manchegos, y, al hacerlo, traían a la imaginación del viajero, el recuerdo a un tiempo doloroso e inefable «del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento».